

La calle para el miércoles 11 de mayo de 2011  
Diario de un espectador  
Sicilia en el Zócalo  
Miguel ángel granados chapa

Así como el perico, que dondequiera es verde, el poeta lo es aunque no quiera. Javier Sicilia canceló, esperemos que temporalmente, su aptitud para hacer poesía. Pero como le brota de su interior, cuando escribió el discurso que leyó el domingo su condición de poeta fue evidente. Juzgue si no el lector, la lectora:

“Hemos llegado a pie, como lo hicieron los antiguos mexicanos, hasta este sitio en donde ellos por primera vez contemplaron el lago, el águila, la serpiente, el nopal y la piedra, ese emblema que fundó la nación y que ha acompañado a los pueblos de México a lo largo de los siglos. Hemos llegado hasta esta esquina donde alguna vez habitó Tenochtitlan, a esta esquina donde el Estado y la Iglesia se asientan sobre los basamentos de un pasado rico en enseñanzas y donde los caminos se encuentran y se bifurcan. Hemos llegado aquí para volver a hacer visibles las raíces de nuestra nación. Para que su desnudez, que acompaña la desnudez de la palabra, que es el silencio, y la dolorosa desnudez de nuestros muertos, nos ayuden a alumbrar el camino.

Si hemos caminado y llegado aquí, en silencio, es porque nuestro dolor es tan grande y tan profundo, y el horror del que proviene es tan inmenso, que ya no tienen palabras con qué decirse. Es también porque a través de este silencio nos decimos, y le decimos a quienes tienen la responsabilidad de la seguridad de este país, que no queremos un muerto más a causa de esta confusión creciente que sólo busca asfixiarnos como asfixiaron el aliento y la vida de mi hijo Juan Francisco, de Luís Antonio, de Julio César, de Gabo, de María del Socorro, del comandante Jaime y de tantos, miles de hombres, mujeres, niños y ancianos asesinados con un desprecio y una vileza que pertenecen a mundos que no son ni serán nunca los nuestros: estamos aquí para decirnos y decirles que este dolor del alma en los cuerpos no lo convertiremos en odio ni en más violencia, sino en una palanca que nos ayude a restaurar el amor, la paz, la justicia, la dignidad y la balbuciente democracia que estamos perdiendo: para decirnos y decirles que aún creemos que es posible que la nación vuelva a renacer y a salir de sus ruinas, para mostrarles a los señores de la muerte que estamos de pie y que no dejaremos en defender la vida de todos los hijos y las hijas de este país; que aún creemos que es posible rescatar y reconstruir el tejido social de nuestros pueblos, barrios y ciudades.

Si no hacemos esto, solamente podremos heredar a nuestros muchachos, a nuestras muchachas, a nuestros niños, una casa llena de desamparo, de temor, de indolencia, de cinismo, de brutalidad y engaño

donde reinan los señores de la muerte, de la ambición, del poder desmedido y de la complacencia y la complicidad con el crimen.

Todos los días escuchamos historias terribles que nos hieren y nos hacen preguntarnos: ¿dónde y cómo perdimos nuestra dignidad? Los claroscuros se entremezclan a lo largo del tiempo para advertirnos que esta casa donde habita el horror no es la de nuestros padres, pero sí lo es; no es el México de nuestros maestros, pero sí lo es; no es la de aquellos que ofrecieron lo mejor de sus vidas para construir un país más justo y democrático, pero sí lo es: esta casa donde habita el horror no es el México de Salvador Nava, de Heberto Castillo, de Manuel Clouthier, de los hombres y mujeres de las montañas del sur...pero sí lo es”.